

## LA INDUSTRIALIZACIÓN EN BOGOTÁ. 1830-1916 ELBER BERDUGO COTERA\*

### RESUMEN

En este trabajo se hace una descripción del proceso de industrialización bogotano, entre 1830 y 1916. Se reúnen de forma sistemática, los distintos aportes hechos por historiadores e investigadores de otras disciplinas tanto nacionales como extranjeros que de una u otra manera, han abordado el tema de las empresas y los empresarios en Bogotá.

También se analiza en este trabajo, el papel que han desempeñado en el surgimiento y desarrollo de la industria en general y de la bogotana en particular, algunos factores como las guerras civiles, las vías de comunicación, el costo de los transportes, el crecimiento de la población y sobre todo el Estado cuyo apoyo si bien no fue sustantivo, tampoco fue de poco peso, a la hora de poner a marchar distintas iniciativas.

---

\*Economista, Universidad La Gran Colombia.  
Postgrado en Economía, Universidad Nacional de Colombia.  
Postgrado en Historia, Universidad Nacional de Colombia.  
Postgrado en Ciencia Política, Universidad de Los Andes.  
Docente Investigador, Escuela de Administración de Negocios E.A.N.  
E-mail: eanet1@andinet.com

**LA INDUSTRIALIZACIÓN EN BOGOTÁ. 1830-1916**

La tercera década del siglo XIX marca el inicio de los primeros intentos por establecer empresas manufactureras en el país. Estos primeros esfuerzos contaron con el apoyo del Estado que a través de una política de fomento quiso darle impulsos. Fue algo común que éste otorgara privilegios industriales con el propósito de incentivar el desarrollo empresarial en nuestro territorio, como por ejemplo, dar derecho exclusivo para aplicar a una producción un procedimiento técnico específico, por cierto tiempo, y dentro de un territorio determinado. Este derecho no implicaba que el producto protegido no se pudiera fabricar con otra técnica distinta, o que en muchos casos no se pudiera importar.

Kalmanovitz anota que: "La industrialización que se dió en la Nueva Granada en el período 1830-1850 fue iniciada por los grandes terratenientes con ciertos monopolios de producción otorgados por el Estado, es decir sin libre competencia y sin el régimen jurídico de libertad que debe acompañarla y a veces con contribuciones públicas, o sea sin la previa acumulación de capital privado. Todas, sin excepción fracasaron de una u otra forma".

Esta época, en la cual según Safford, la clase alta colombiana tomó la iniciativa empresarial, estuvo signada por disturbios políticos. Fue una época en la que muchos capitales de nacionales y extranjeros se transfirieron a otros países o a otras regiones del territorio, con el fin de protegerse de las guerras civiles, y en la que, como consecuencia de aquellos y de éstas, se generó una profunda depresión económica alrededor de Bogotá durante los treinta, expresada en un descenso de los precios a la mitad de los niveles de 1820 y en un aumento del tipo de interés en la Capital hasta alcanzar entre el 2 y el 5 por ciento mensual.

Por ejemplo, la Guerra de los Supremos (1839), trajo consigo hambrunas generalizadas que desencadenaron epidemias y falta de abastecimiento; afectó el crecimiento de los negocios y especialmente el comercio, como se muestra en el caso de la Fábrica de Algodón que se vio perjudicada por la falta de este insumo y de

mano de obra, pues a sus trabajadores se les había llevado al campo de batalla<sup>2</sup>.

Sobre los efectos de la Guerra anota Carlos Martínez lo siguiente: "A esa imagen desmedrada de la Capital, a esa depresión anímica de sus habitantes contribuyó con los aportes más funestos la guerra del año 40, iniciada en 1839, con pretextos religiosos, se extendió cual tormenta recia por todo el territorio nacional para amainar en 1841 dejando como saldo miles de vidas segadas, y por doquier miserias y abominaciones. Se presentó en los días en que, tras nueve años de paz comenzaba la recuperación de las actividades agrícolas y comerciales y que en consecuencia quedaron abatidas. La fábrica de loza fina, que había iniciado su producción en 1834, sufrió el impacto y tardó en recuperarse; la fábrica de papel, instalada en el barrio de Las Aguas en el mismo año, quedó aniquilada; igual desastre en la fábrica de envases y vidrios planos. Y como secuela de estos y otros descalabros se postró el crédito y menguó la circulación monetaria"<sup>3</sup>.

Según Safford, estos colombianos emprendedores pertenecían a la clase alta, a familias de terratenientes y comerciantes tradicionalmente respetadas: "Tanto si venían de Bogotá, o de Medellín, Popayán o cualquier otra de las ciudades provinciales, lo cierto es que hasta el año de 1890 los líderes comerciales eran casi en su totalidad miembros de familias cuya posición de clase alta se había establecido antes de la terminación del período colonial y era reconocida en toda la Nueva Granada"<sup>4</sup>.

Para el período 1830-1845, Safford cita como ejemplos los casos de Ignacio Gutiérrez Vergara, inversionista en la siderúrgica y promotor de la primera feria industrial de Bogotá, quien era nieto de un gran hacendado de la región e hijo de

<sup>1</sup> KALMANOVITZ, Salomón. Economía y Nación, una Breve Historia de Colombia. Tercer Mundo, Bogotá. 1994. p.124

<sup>2</sup> SAFFORD, Frank. Aspectos del Siglo XIX en Colombia. Editorial La Carreta, Bogotá. 1997. p.52.

<sup>3</sup> MARTÍNEZ, Carlos. Bogotá, Sinopsis sobre se Evolución Urbana. Escala Fondo Editorial, Bogotá. 1976. p.115.

<sup>4</sup> SAFFORD, Frank. Op. Cit. p.52.

un abogado de la Audiencia de Santafé. De José María y Rafael Álvarez, inversionistas de la siderúrgica y de una fábrica de loza, descendientes de Manuel Bernardo Álvarez, Contador Mayor del Virreinato entre 1803 -1810, Presidente Dictador de Cundinamarca en 1814, y de la familia Lozano, los más grandes terratenientes de la Sabana de Bogotá al finalizar la Colonia. Del Coronel Joaquín Acosta, quien invirtió parte de su capital en una fábrica de loza y una de papel y era hijo del Corregidor de Guaduas y heredero de \$80.000. De José María y Angel Chávez, hijo y nieto del Corregidor de Bosa, inversionistas de la fábrica de loza, constructores de varias carreteras y más tarde fabricantes de chocolates; de seis bogotanos, terratenientes y políticos, quienes crearon una fábrica textil que funcionó entre 1837 y 1848. De un grupo conformado por Ignacio Gutiérrez Vergara, José María Restrepo Sáenz y Raimundo Rivas. Este último quien intentó sin éxito antes de 1860 establecer una fábrica de textiles de lana y fábricas de jabón y velas<sup>5</sup>.

#### MARCO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LAS PRIMERAS INICIATIVAS EMPRESARIALES

Surge una pregunta obligada a propósito de estas iniciativas de crear fábricas en el país: ¿Estaban dadas las condiciones?, ¿Estaba el país preparado para afrontar este reto? ¿Cuál era la motivación de estos individuos?. En términos generales podemos afirmar que no existían condiciones objetivas para el desarrollo de la industria, porque no se había conformado un mercado interno, porque nuestro comercio exterior era débil, porque no existía suficiente capital, ni público ni privado, porque la mano de obra no era en su mayor parte libre, y porque no existía un conocimiento técnico adecuado que aseguraran el logro de los objetivos.

Así por ejemplo, la debilidad de nuestro comercio exterior, tenía como fondo la carencia de capital y de crédito con destino a la creación de empresas, en contraste con otros países de América Latina durante el siglo XIX.

Respecto a los niveles de riqueza, Safford afirma que el sector privado era pobre. La clase rica de Colombia, era una clase indigente comparada con la de Rio de Janeiro, México o Lima. "Las rentas de la clase alta en Bogotá en la primera

mitad del siglo XIX frecuentemente alcanzaban a sólo unos \$ 5000 anuales por persona, y las personas en Bogotá con un capital mayor de \$100.000 podían contarse con los dedos de la mano. Los ingresos de la clase media y baja eran correlativamente pequeños. Los pocos elementos de que se componía la clase media, militares y oficiales de bajo rango, pequeños negociantes y artesanos, ganaban entre \$ 150 y \$ 700 al año. La mayor parte de la mano de obra campesina, así como la gente dedicada al servicio doméstico y los trabajadores no calificados de las ciudades, ganaban entre \$ 70 y \$ 75 al año."<sup>6</sup> Se podría concluir que el bajo ingreso de la población, apenas si permitía un incentivo mínimo para la producción en masa de bienes de consumo. Que las rentas reducidas de la clase alta hacían realmente imposible el establecimiento de grandes empresas de cualquier tipo, más aún cuando no existían instituciones bancarias que pudieran ayudar a aumentar los limitados capitales.

Al decir de Safford, algunas de estas aventuras parecían suicidas, si analizamos el estado de nuestras comunicaciones que era muy pobre y si tomamos como referencia los adelantos tan rápidos y las mejoras realizadas en Inglaterra en los sistemas de transporte y comunicación y en la técnica manufacturera. Parece que el incentivo de estos pioneros se encontraba en los altos costos del transporte por el río Magdalena, en el patriotismo de que estaban imbuidos a raíz de la independencia de España, lo cual despertó unos deseos de desarrollo económico y político independiente, y una conciencia de que el país no debía quedarse rezagado en ningún tipo de actividad económica, y en "un sentimiento de noblesse oblige, pues el establecimiento de fábricas daba empleo a los muchos limosneros y vagos de la capital, y podría servir así para moralizar la sociedad"<sup>7</sup>, y en último término en la perspectiva de obtener una ganancia.

Lo que no queda claro para Safford, son las razones que llevaron a la élite bogotana a la selección de las manufacturas que ensayaron. Para

<sup>5</sup> Ibid., pp. 52-53.

<sup>6</sup> SAFFORD, Op. Cit. pp. 32-33.

<sup>7</sup> Ibid., p.54.

algunas manufacturas era fácil conseguir materias primas y esto posiblemente motivó a los empresarios, pero para otras manufacturas no. Por ejemplo, para los trabajos de fundición la materia prima (carbón y mineral de hierro), era de fácil adquisición; lo mismo para la industria de loza (greda y alúmina de alta calidad), para la industria textil (lana abundante) y la industria papelera (trapos viejos y bosques). Distinto era el caso de la fábrica de vidrio que carecía de un abastecimiento apropiado de potasio, sodio y óxido de plomo y que tenía que importar la mayoría de estos elementos.

Además las condiciones del mercado no eran las más favorables para los fabricantes. Así el hierro contaba con un mercado potencial en todos los tipos de agricultura, “pero había que empezar por desarrollarlo, ya que los altos costos del hierro importado durante la colonia habían acostumbrado a los colombianos a usar sustitutos de madera”<sup>8</sup>. Igual pasaba con los productos de vidrio que eran usados ampliamente solo por las clases altas, las cuales representaban un porcentaje muy bajo respecto de la población total. La loza y los textiles de lana que representaban un porcentaje mayor, tenían que soportar la competencia de las mercancías importadas de Europa que gozaban de un gran prestigio. Asimismo los productos de algodón que eran burdos y que tenían un amplio mercado potencial se veían abocados a una feroz competencia por parte de las telas baratas inglesas, con el agravante de que los tejedores caseros de la provincia del Socorro, suministraban ya la mayor parte del mercado doméstico de textiles burdos de algodón.

Respecto al apoyo que el Estado brindó a esta élite, Ospina Vásquez apunta que: “Entre las medidas de fomento industrial que se propusieron con visos de seriedad está la de dar primas y otras ventajas a los que establecieran por primera vez cultivos o manufacturas: al primero que beneficiara en el país el lino o lo tejiera; al primero que fabricara tejidos de algodón, “por lo menos de tres cuartos de ancho, tan finos y tupidos como los conocidos en el comercio con el nombre de doméstica del Norte, fulas o liencillos”, y ventajas mayores al primero que los fabricara más finos, y del mismo ancho; al primero que fabricara paños de lana, o bayetas de las llamadas “fajuelas o cien hilos”<sup>9</sup>.

Fue así como el Gobierno concedió por decreto, para Bogotá en marzo de 1832, privilegio a Rufino Cuervo, José María Chávez, José de Jesús Oramas, Rafael Álvarez, Luis Montoya, Angel María Chávez, José María Álvarez y Joaquín Acosta, con el fin de crear fábricas de loza fina, incluso de porcelana. El tiempo de duración del privilegio fue de ocho años, con plazo de tres para el montaje. No descartaba el privilegio la posibilidad de importar loza y porcelana extranjeras, ni prohibía la introducción al territorio reservado, de la que se fabricara en otras provincias de la Nueva Granada. Este privilegio no se relacionaba con la fabricación de artículos toscos de cerámica que era relativamente importante en algunas regiones del territorio afectado. En mayo de 1834, se extendió el plazo hasta el 31 de diciembre de este año y se amplió por dos años el tiempo dado para empezar la producción. La intención de establecer esta empresa fue la de sustituir la importación de loza fina proveniente de Europa, redimiendo al país de la carga que venía soportando con su introducción.

El historiador Sergio Elías Ortiz nos cuenta la historia de su creación con lujo de detalles: José Ignacio París en las cartas que remitía desde París (en donde estaba estudiando), al Coronel Joaquín Acosta, (prócer como él de la independencia) y quien sentía gran interés por todo lo que fuera fuente de riqueza para su patria, lo invitaba a pensar en grande en la creación de la industria nacional, en la que todo estaba por hacerse. “La Nueva Granada - le decía en una de ellas - es rica en materiales de todo orden que pueden servir para implantar fábricas de manufacturas que costarían menos allá que importadas de estos países, con beneficio de nuestros compatriotas y aumento de riquezas para nuestro país, si algún día se alcanzara para la exportación”<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Ibid., p.55.

<sup>9</sup> OSPINA VÁSQUEZ, Luis. Industria y Protección en Colombia. Biblioteca Colombiana de Ciencias Sociales, FAES. Medellín. 1997, pp. 189-190.

<sup>10</sup> ORTÍZ, Sergio Elías. Notas sobre la Fundación de la Primera Fábrica de Loza Fina en Bogotá en 1832. Boletín Cultural y Bibliográfico, Vol. VII, No. 11. Bogotá, Noviembre de 1964. pp. 1994-1999.

A continuación sugería el montaje de una fábrica de loza fina y aún de porcelana que tenía un gran consumo en América, tomando en cuenta que las materias primas se hallaban en la Sabana de Bogotá. Asimismo proponía el montaje de otras empresas como la fundición de hierro, fabricación de papel, de tejidos, vidrio, con el apoyo de expertos europeos.

Relata Sergio Elías cómo el Coronel Acosta, ilustre geógrafo, un auténtico representante de esos anhelos de superación por la vía del progreso tomó con entusiasmo la idea de la fábrica de loza fina, comunicándola al doctor Rufino Cuervo, otro entusiasta del adelanto de la Nueva Granada. Después de ponerse de acuerdo se reunieron con otras personas interesadas en negocios en grande (las señaladas atrás), creando la Sociedad de Industria Bogotana.

Lo primero que hizo la sociedad fue gestionar la consecución en Europa de obreros técnicos en la materia, lo mismo que maquinaria y materiales de difícil adquisición en el mercado de Bogotá. Al mismo tiempo se hicieron los trámites para la obtención del privilegio de explotación exclusiva para las provincias de Bogotá, Tunja, Socorro, Mariquita y Neiva.

Obtenido el privilegio, se procedió a la construcción del edificio de la fábrica en un lote que había sido de propiedad de la Compañía de Jesús, a espaldas de la ermita de Belén, en el extremo oriental de la calle 5a, donde se pudo aprovechar el galpón de una antigua alfarería de los jesuitas. "Se trabajó con todo entusiasmo en la obra, pero como el capital hasta allí aportado no era de consideración y ya andaban corridos dos años, sin que hubiera podido principiarse el montaje de la fábrica, los accionistas para curarse en salud del riesgo que corrían si en el año siguiente no estaba ella funcionando, (pagar cuatro mil pesos de multa a beneficio del tesoro nacional) acudieron al poder legislativo para solicitar una prórroga de dos años más del término señalado, lo que les fue concedido por decreto de 2 de mayo de 1834. Ocurrió, empero, que cuando estaba para terminarse la nueva construcción, esta "se incendió en la noche del 22 de julio de 1834, lo que aumentó las dificultades y los gastos de los socios de la incipiente industria y su organización". No se desalentaron los accionistas con esta contrariedad, ni se pusieron a indagar si en el

incendio hubo manos criminales o simple descuido, antes bien con el regreso del Coronel Acosta al país trayendo consigo a los técnicos Juan y Roberto Peak y dos obreros más especializados en la industria de la cerámica, aumentó el número de socios, se reconstruyó el edificio incendiado, se hizo el montaje en toda regla y empezó la producción de loza, justo cuando se iba a terminar el plazo concedido con la prórroga. Cinco años había durado la tarea de construcción, montaje y producción porque los tiempos no daban para más y esos beneméritos industriales, cuyos nombres deberían quedar grabados en bronce o mármol, se habían comprometido en esa empresa más por empeño patriótico, que por ambiciones de lucro personal, como primer intento de largo alcance en el porvenir económico de la nación, de abastecerla con los propios recursos de su suelo y conservar la riqueza que se consumía con la importación"<sup>11</sup>.

En 1837, la empresa empezó a distribuir el producto en el mercado con mucho éxito. Algunos de los accionistas se habían retirado ya, quizá porque pensaban demasiado en la aventura del negocio, (según Ortiz) pero los que quedaron, hombres de fe y de entereza, una vez comprobada la bondad del artículo, pidieron al poder ejecutivo la visita al establecimiento con el objeto de que verificasen si se había cumplido con las condiciones exigidas por el legislador.

Analizando un informe del Gobierno sobre la empresa, realizado en 1837 y que Ortiz transcribe, concluimos que se trataba de una empresa de un tamaño grande, si tomamos en cuenta el número de trabajadores, la maquinaria, las instalaciones y el mercado a abastecer entre otros. Esta es la descripción del establecimiento: " Encontramos en él una fábrica de considerable extensión, sólidamente construida, con todas las oficinas, hornos, aparatos, almacenes y apartamentos, necesarios para su destino: compuesto de tres oficinas principales para la preparación de las pastas, construcción de piezas, barnices, adornos de pintura y grabados, moldes, etc. Siete hornos, entre ellos dos Slip para la evaporación de las pastas, y los demás para el cocimien-

<sup>11</sup> Ibid., pp. 1995-1996.

to de la loza, su vidriado, dorado, experimentos y demás, de completa capacidad y sólida estructura. Tres estufas. Dos molinos de caballos, para la trituración de los materiales. Varios depósitos de loza en bizcocho, ya concluida. Sesenta y un operarios del país en ejercicio y cuatro extranjeros, fuera de dos directores, el administrador y portero. Existen además en la fábrica considerables acopios de arcilla, carbón de piedra, cuarzo, carbonato de cal, feldespato, yeso, etc., de que consume la fábrica sobre mil arrobas de primera, tres mil del segundo, y a proporción de los demás materiales enunciados lo correspondiente.

“... la fábrica... ya completamente establecida... no solamente alcanzará a abastecer las provincias que abarca el privilegio, y las demás de la república, sino que aun habrá sobrantes que se puedan exportar fuera de ellas”.

“Al efecto (continúa el Informe) indagamos la composición química y mecánica de las pastas; y de los informes que recibimos resulta que los directores conocen científicamente la primera y que emplean con propiedad la segunda. Que se cuida además de darles la plasticidad y homogeneidad convenientes; pues cuanto a la primera, las piezas que vimos construir en bosquejo, como sus moldes, tomaban bajo la mano del obrero, y en la imposición, todas las formas e impresiones que se deseaba; y respecto de la segunda que es la más importante se les daba la conveniente igualdad de composición y densidad. Observamos que el lavado, la trituración, la mezcla y batido de las materias se practicaba con la debida regularidad en los pozos, los molinos y aparatos que hay de buena confección. Vimos ejecutar con destreza, tanto en bosquejo como en moldes, la hechura de varias piezas de formas elegantes y de las más difíciles, torneado, perfeccionar y decorar con pinturas al pincel y con grabados. Se nos presentó una cuba con el baño para el vidriado compuesto de los elementos vitrificables y fundamentos conocidos, aunque el pormenor y combinaciones lo reservan como su secreto. La cocción que se practica es doble, primero la de la pasta en bizcocho, y después la del vidriado, ambos en estuches de que hay oficina. Los hornos para todas las operaciones son los que se conocen de mejor invención de boca y hogar laterales, su laboratorio y chimeneas simples, sus

dimensiones proporcionadas, su capacidad competente para un gran número de filas de los estuches que contienen algunas muestras de piezas, su estructura sólida por la materia refractaria de que han sido contruidos, por su espesor y cerco de hierro, con que además se les ha afirmado, en fin se nos aseguró que la parte alta de la chimenea que atraviesa el techo del edificio, se hallaba colocada con las precauciones necesarias para evitar el incendio de que antes hubo ya ejemplos”<sup>12</sup>.

En el mismo mes de mayo de 1834, se le otorgó privilegio a Martín Peralta y Compañía para la fabricación de papel por diez años con seis meses de duración para el montaje. El plazo para comenzar la fabricación se amplió por otros dieciséis meses en mayo de 1835.

En mayo de 1834, el Gobierno concedió privilegio a Juan María Caballero para la fabricación de vidrios y cristales por diez años con plazo de dieciocho meses para el montaje.

En mayo de 1837 se le otorgó privilegio a los señores José Tiburcio Pieschacón, Manuel Ramos, José Gregorio Villafrádez y Compañía, para establecer fábricas de tejidos de algodón en las cuales se manufacturaran lienzos (como los llamados del norte) y fulas, por ocho años, con plazo de dos años para el montaje.

A partir de este momento se suspendieron los privilegios volviéndose a otorgar en 1841 después de terminada la guerra civil. Así, en junio se le dio privilegio a Thomas Robinson Williams para que fabricara y vendiera por todo el país y por 25 años, paños de fieltro o atiborrados, manufacturados con la máquina de su invención, con plazo de cuatro años para comenzar la producción. Este privilegio contemplaba la prohibición de introducir paños de fieltro o atiborrados durante diez años, hasta del mismo beneficiario transcurrido seis meses de reconocida oficialmente la iniciación de la producción. Igualmente la exención de los derechos nacionales para la maquinaria que se introdujera para la explotación del privilegio.

<sup>12</sup> Ibid., pp. 1996-1997.

## 40 ESTADO DE LAS FÁBRICAS BOGOTANAS EN LAS DÉCADAS DE LOS TREINTA Y CUARENTA

Veamos cuál fue el rumbo que tomaron las empresas privilegiadas hasta aquí mencionadas: en términos generales gozaron de un momento de auge: por ejemplo la fábrica de loza a la que ya nos referimos. Sin embargo la empresa que se había levantado con tanto entusiasmo, con esfuerzo y capital y con tan buenos augurios de éxito financiero, empezó a decaer por varias causas que estaban por encima de la voluntad de sus directores para poder contener el desastre. Ortiz enumera como principales las siguientes: “La revolución del año 40, larga y desastrosa para la marcha progresiva del país, con las secuela de pobreza, desconfianza y paralización de los negocios; la falta de protección del Estado para las industrias nacionales, pues dejaba a estas en competencia desfavorable respecto de las extranjeras, que gozaban de más amplio privilegio, sin solicitarlo, para todo el territorio y sin gravamen para favorecer a aquellas y la renuencia del consumidor al preferir al artículo del propio suelo, el foráneo, vicio social y económico que se ha prolongado hasta nuestros días, pues mientras la clase alta, capitalista o no, se daba el lujo de proveerse de loza y porcelana de Sevres, o de otras marcas europeas, la clase humilde numerosísima, continuaba usando la vajilla de madera o de barro, heredada de los antepasados en siglos de experiencia. Quedaba entonces como único comprador la sufrida clase media, que no podía darse tono con lo extranjero, ni podía bajarse a la cerámica indígena”<sup>13</sup>.

Las acciones de la empresa al cabo de tres años de operaciones se fueron a pique, porque los gastos eran superiores a las entradas. Los técnicos extranjeros después de muchos pleitos con los accionistas la abandonaron, aún cuando no eran ya tan imprescindibles debido a la buena formación que habían dejado en los operarios, a tal punto que uno de ellos mejoró más tarde la calidad de la loza y amplió la industria a la fabricación de otros objetos.

En estas circunstancias Judas Tadeo Landínez, el hombre de negocios más fuerte que existía para la época en el país, pues especulaba con capital propio y ajeno sobre todo lo que podía

ser objeto de transacción, como vales de deuda pública, empréstitos al gobierno, compra y venta de fincas y de acciones de empresas que entonces empezaban a funcionar, como la ferrería de Pacho y la fábrica de tejidos de algodón, cayó sobre la de loza, que estaba en crisis y de la cual se hizo casi dueño absoluto por medio de una negociación con don Manuel Laverde, en la que este le entregaba una cantidad enorme de loza “que todavía no estaba fabricada”, pero que “era artículo menos desacreditado”, según cuenta el mismo Landínez, a cambio de sesenta acciones en la ferrería de Pacho de su pertenencia, por valor de \$42.000. Landínez a su vez, pagó con esa loza hipotética parte de una deuda que le tenía a don José María Plata. El final de ésta y otras operaciones comerciales, el doctor Landínez fue a parar con sus huesos a la cárcel por quiebra fraudulenta y otros delitos de los cuales lo acusó el doctor Ezequiel Rojas, mientras los señores Laverde y Plata sufrían pérdidas considerables y la fábrica de loza quedó virtualmente paralizada<sup>14</sup>.

Más tarde fue objeto de reorganizaciones estructurales y financieras, para que no tuviera que afrontar grandes dificultades técnicas en lo tocante a la producción y venta del producto. A pesar de los inconvenientes, sobrevivió hasta comienzos del siglo XX, gracias a que el activo industrial Nicolás Leiva compró todas las acciones de la Sociedad Bogotana de Industria, mejorando la fabricación de la loza y produciendo algunas obras de arte -bustos y relieves- meritorias, con sin igual consagración, pues Leiva fue director de ella antes de ser su propietario<sup>15</sup>.

La fábrica de vidrios y cristales, otra de las privilegiadas, no contó con la misma suerte. En abril de 1837 se pusieron en venta sus productos, pero los tropiezos con que se encontró: mano de obra, materias primas, falta de mercado, la llevaron en 1839 a la suspensión de su producción. A pesar de los esfuerzos hechos por el Congreso al auto-

<sup>13</sup> Ibid., pp. 1998.

<sup>14</sup> Ibid., pp. 1999.

<sup>15</sup> IBAÑEZ, Pedro María. Crónicas de Bogotá. Biblioteca de Cultura Colombiana. Tomo IV, Vol. 156. Editorial ABC, Bogotá. 1951. pp. 439-440.

rizarle el empréstito solicitado, al Ejecutivo no le fue posible concedérselo.

La tercera fábrica que gozó de privilegios fue la de papel que tampoco se desempeñó mejor. El 20 de octubre de 1836 empezó a gozar del privilegio.

Esta fábrica situada en la carrera 1a. , en el barrio de Las Aguas en un buen edificio y que no contó con todo el equipo para su funcionamiento, se las arreglaba momentáneamente con aparatos de fabricación local.

En términos generales, sus problemas no tuvieron que ver con dificultades técnicas. Sus productos, aunque no eran de igual calidad que los extranjeros, servían, pero los resultados económicos fueron desastrosos, llevándola al cierre.

Después de la guerra del 40 algunas personalidades como Benedicto Domínguez del Castillo, José Ignacio de Márquez, el coronel Joaquín Acosta y José París, impulsaron nuevamente la fabricación de papel (en palabras de Ibáñez citado por Ospina Vásquez) muy seguramente en el local y con el utilaje de la empresa anterior<sup>15</sup>. Esta empresa funcionó por varios años, sin resultado económico positivo.

En cuanto al privilegio concedido a la fábrica de lienzo, este empezó a operar a partir del 9 de noviembre de 1839. Situada cerca de la carrera 1a. en el barrio de Las Aguas, al igual que la de papel, empleó fuerza hidráulica del río San Francisco. Además contó con 15 telares y maquinarias para el hilado.

En el mismo año aparece esta empresa vendiendo sus productos con ventaja en el mercado sobre los extranjeros, en razón a la perfección de los telares y a la buena calidad de los algodones del país<sup>16</sup>.

La quiebra de Judas Tadeo Landínez a la que nos referimos (según Eugenio Gutiérrez, et. al.) asestó un duro golpe a la naciente industria nacional e impregnó al país de un fuerte pesimismo sobre su futuro, que se expresó en la Memoria de Hacienda presentada en 1842 al Congreso por Mariano Ospina Rodríguez: "Nuestro porvenir se halla en la producción de frutas tropicales

para la exportación y en la explotación de las minas de metales preciosos. Son estas ramas de la industria las que pueden adquirir sin inconvenientes una inmensa extensión; y es por lo mismo en favor de estos objetos que deben hacerse los mayores esfuerzos"<sup>17</sup>.

En palabras de Gutiérrez, Ospina enterraba por los próximos 45 años la política de fomento estatal al sector manufacturero nacional.

## NUEVOS IMPULSOS A LA CREACIÓN DE EMPRESAS

No obstante los estragos causados por la quiebra de Landínez, a comienzos de 1843 se llevó a cabo una nueva exposición industrial con estímulo y premios a los mejores productos. Así, se premiaron tres personas: la primera por la invención de una máquina de hacer adobes, la segunda por la invención de una máquina de hilar y la tercera por la fabricación de pólvora.

Otro intento por incentivar la pequeña industria se realizó en la "Casa de Refugio". Esta era una instalación que dependía del municipio y que albergaba a mendigos dementes y a pobres de solemnidad. Como era una institución que dependía de la ciudad y los gastos que requería eran elevados, optó por adquirir máquinas y materias primas para enseñar a los internos a producir mercancías para la venta. Inició actividades con la fabricación de frazadas, camisetas, ruanas de hilo, lienzos finos y ordinarios, manteles, servilletas, cinchas, entre otros, pero al presentarse problemas por la ineptitud de los internos, por ser locos algunos, otros párvulos, se acudió a operarios externos, provenientes del Socorro. Adicionalmente importó maquinarias y contrató a dos operarios italianos con el propósito de capacitar a los reclusos hábiles y a los aprendices externos.

<sup>16</sup> Ibid., p.203.

<sup>17</sup> FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA. Historia de Bogotá. 3 T., Fundación Misión Colombia. Villegas Editores. Bogotá. 1988. p.145.



Empero el lastre de la quiebra de Landínez seguía influyendo la mentalidad de nuestros dirigentes que consideraban vano todo intento encaminado a cimentar y robustecer los procesos industriales, como se deduce de la Memoria presentada a la Cámara Provincial en 1844 por el Gobernador Alfonso Acevedo: "El Sr. José Ignacio París regaló a la Casa máquinas de tejer medias, que hasta ahora nada han reducido al establecimiento por falta de aprendices... Tuve al fin que dirigirme al ilustre Concejo Municipal (de la Provincia) del Socorro solicitando algunos jóvenes industrioses que viniesen a la Casa de Refugio a hacer su aprendizaje, pues los reclusos, o son voluntarios, o niños que todavía no pueden manejar telares. Mi demanda fue acogida... y poco tiempo después llegaron a esta capital los jóvenes pedidos...; pero han permanecido más de un mes en la Casa, sin hacer nada y causando un gasto inútil (debido a) la falta de concurrencia del (instructor) italiano. "En concepto de la gobernación, antes que útiles, son perjudiciales a la Casa de Refugio las máquinas de diferentes artefactos que sucesivamente han ido introduciéndose en ella. Ricas compañías de hombres industrioses han procurado establecer diferentes fábricas en la capital, pero todas se hallan en decadencia o completa ruina, porque ni los capitales, ni el interés individual han podido violentar la naturaleza para que este país venga a ser fabricante antes de la época, todavía lejana, en que tenga brazos y materias primas suficientes para dar pábulo a la industria fabril. Deben, en mi opinión, venderse las máquinas para indemnizar a la Casa de los gastos infructuosos que hizo en montarlas y en hacer conducir operarios (socorranos) que regresan a sus casas sin haber aprendido nada"<sup>18</sup>.

De esta forma se truncaba la posibilidad de sacar adelante la incipiente industrialización bogotana, calando en la opinión pública la idea de considerar como fantasioso y utópico el fomento e impulso a cualquier proceso de industrialización en el país.

A pesar de este panorama, en 1843 encontramos otros intentos como el de Pedro Richard quien inauguró una fábrica de sombreros y el de Ignacio Galarza que se hace cargo de la fábrica de pólvora del gobierno. En 1844 el inglés Samuel Sayer abre una fábrica de cerveza y Simón Es-

pejo una de zapatos. En este mismo año reinician labores la fábrica de lienzos de algodón y la de papel.

Empero las condiciones seguían siendo precarias para la implantación de la industria en el país. A partir de 1844 se cierra la exposición industrial que reunía a artesanos e industriales cada año. El sendero de la economía en lo fundamental estaba trazado: "Convertir a la Nueva Granada en un país productor y exportador de materias primas e importador de casi toda suerte de manufacturas, lo que sacrificó el futuro de las manufacturas nacionales"<sup>19</sup>.

## BOGOTÁ EN LAS DÉCADAS DE LOS CINCUENTA Y SESENTA

En 1852, Florentino González, uno de los liberales clásicos más sobresalientes, refiriéndose a Bogotá como un lugar no apropiado para el desarrollo manufacturero expresaba lo siguiente: "En todos los países del mundo, los hombres se han reunido en grandes poblaciones para contribuir con sus esfuerzos unidos a dar diferentes formas a los productos de la agricultura, o de las minas, y ponerlos en movimiento, para cambiarlos por los de otros países. Pero en la ciudad de Bogotá no comprendemos el objeto con que pueda haberse reunido una gran población. Ni existen, ni pueden existir manufacturas; pues no merecen el nombre de tales una fábrica de loza, otra de papel y otra de tejidos de algodón, que han hecho quebrar a sus fundadores, y que no han podido medrar, no obstante la injusticia que ha tenido que sufrir la Nueva Granada con el sistema protector y restrictivo, a que los legisladores nos han sometido, para dar una vida artificial a lo que no puede tener la natural. Esta ciudad no es, ni puede ser un lugar de tránsito para ninguna parte, ni un centro de donde parta la actividad de la industria que vivifique la Nación. Así es que ella se compone de empleados, de militares, clérigos, frailes, monjas, profesores y alumnos de los establecimientos de educación, abogados, médicos, unos pocos hacendados que gastan aquí su renta, los que venden los géneros de que se viste toda esta gente,

<sup>18</sup> Ibid., p. 146.

<sup>19</sup> Ibid., p. 147.

unos pocos sastres, zapateros y herreros; y al lado de todos ellos una caterva de mendigos enfermos y asquerosos, que bloquean constantemente las puertas de las casas, y embarazan el paso por las calles"<sup>20</sup>.

Ospina Vásquez hace una radiografía no muy alentadora sobre la situación económica de la Capital en la década de los cincuenta: "En conjunto, Bogotá había retrocedido como centro económico e industrial. En los años de 50 "la Atenas de Suramérica", dice don Miguel Samper - probablemente entonces esto no sonaba a sarcasmo - "es un taller de oraciones, misas, leyes, decretos, circulares, galápagos, zamarros y doctores".

"De las industrias de nuevo tipo, como las había conocido esa región en el período anterior, muy poco quedaba, y muy poco se hizo en éste".

"La de papel se sostuvo hasta los alrededores del año de 50. Al cesar la producción, su equipo se habilitó para molino de trigo"<sup>21</sup>.

Así termina el diagnóstico el autor sobre esta época: "Por el momento no había veleidades de aclimatar en el país industrias de alta técnica, fuera de las muy enclenques de la región bogotana"<sup>22</sup>.

La anterior descripción se puede complementar con la que el viajero Holton hace en 1854, de las fábricas bogotanas, las cuales considera muy pobres, con la excepción de la alfarería de Nicolás Leyva. El autor atribuye su atraso y fracaso a la falta de demanda, de buenos operarios y de educación.

En cuanto a la alfarería, Holton subraya el talento y la perseverancia del dueño de esta fábrica para sobreponerse a las dificultades que ha tenido que afrontar. "...esta alfarería es tan buena como cualquiera de las buenas de los Estados Unidos. Entre los artículos poco comunes que produce, hay morteros de porcelana y pantallas venecianas para lámparas, en que la luz hace resaltar figuras suaves y delicadas"<sup>23</sup>.

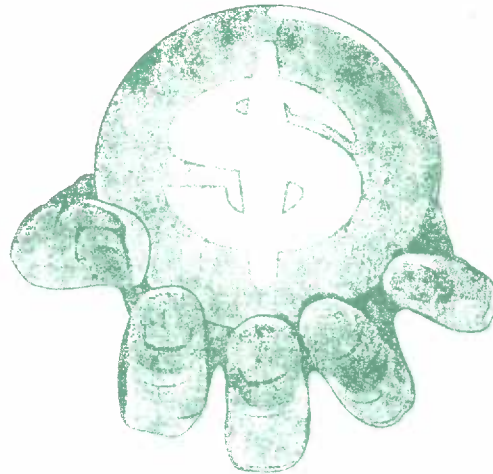
Además de la fábrica de alfarería alude muy tangencialmente a la fábrica de vidrio, la cual tuvo una muerte natural debido a la dificultad para manejar el soplador de vidrios. E igualmente hace alusión a las fábricas de algodón, de papel, de quina y a la de fundición que también fracasaron.

Según Holton a la fábrica de quina la afectó la decisión de los fabricantes europeos de no comprar el alcaloide ordinario que manufacturaba, para no perjudicar en parte alguna su propio negocio<sup>24</sup>.

En 1855 se hacen nuevos esfuerzos en el campo de las manufacturas. Jacobo Sánchez, José María Plata y Antonio Ponce de León se unen para montar una fábrica de tejidos de lana, que va existir hasta 1885. Igualmente van a subsistir pequeñas empresas de cerveza, fósforos, jabones y velas

que vinieron funcionando desde las décadas del treinta y el cuarenta. Esto no significa que Bogotá hubiera iniciado de verdad su proceso de industrialización.

Carlos Martínez complementa las anteriores apreciaciones de las empresas bogotanas con la descripción siguiente: "La exaltación de las pasiones políticas en la década de 1850 a 1860 condujo a las guerras partidistas de 1851, 1854 y 1859 de consecuencias naturalmente adversas al progreso general. En Bogotá no obstante los traumas consiguientes, pudo persistir cierto grado de normalidad refrenado por los hechos que se citan: En 1851 se concedió privilegio oficial para la producción de ácido sulfúrico y nítrico".



<sup>20</sup> GONZÁLEZ, Florentino. Escritos Políticos, Jurídicos y Económicos. Instituto Colombiano de Cultura de Bogotá, 1981. p.203.

<sup>21</sup> VÁSQUEZ OSPINA, Luis. Op. Cit. pp.256-257.

<sup>22</sup> Ibid., p.259.

<sup>23</sup> HOLTON, Isaac. La Nueva Granada: Veinte Meses en los Andes. Banco de la República, Bogotá. 1981. p.284.

<sup>24</sup> Ibid., pp.284-285.

La iniciativa se sustentó con el criterio de atender con estos productos primordiales la industrialización del país.

“ Buena fortuna asistió a la fábrica de hilados y tejidos de algodón que al año siguiente comenzó sus producciones; y con tan buen éxito que tres años después-1855- se amplió para tejidos de lana”.

“ Para competir en la elaboración de telas de lana se fundó en 1856 una segunda fábrica que, conjuntamente con la anterior, prosperó al favor de la acogida que tuvieron sus variadas producciones”.

“ Otras fábricas menores operaban entonces normalmente en Bogotá. Entre esas las de jabones, bujías y fósforos; las de productos cerámicos: ladrillos, tejas, y vasijas variadas; a escala doméstica funcionaban desde 1842 algunas cervecerías; varios molinos producían harinas de trigo y de maíz; para la industrialización de cueros y pieles existían tenerías que operaban con la técnica inglesa impuesta desde 1843 en la fábrica montada en ese año por el ciudadano inglés Don. Lucio Davoren; se producían zapatos y las talabarterías suministraban sillas, galápagos y arreos de montar en gran variedad; los herreros y los carpinteros participaban con sus especialidades en la industria de la construcción”.

#### CAUSAS DEL ESTANCAMIENTO INDUSTRIAL

En un artículo publicado en El Tiempo, en 1858, Salvador Camacho Roldán atribuía el atraso industrial de Bogotá, a la falta de vías de comunicación, considerando que mientras no contara con rutas comerciales económicas que la pusieran en contacto con las poblaciones consumidoras del Norte y del Sur, ningún progreso industrial podría acometerse. En el diagnóstico que en este artículo hace de la industria bogotana afirma: " Hay en esta ciudad una fábrica de loza desde hace más de treinta años, y no se ha pensado siquiera en establecer otra; la fábrica de cristales montada en 1838, tuvo que convertirse dos años más tarde, por falta de salidas, en hospital de virulentos...; la fábrica de papel se convirtió hace poco tiempo en molino de trigo; la fábrica de tejidos de algodón... tuvo que cerrarse; ... la fábrica de tejidos de lana de esta ciudad

apenas reporta utilidades mezquinas...; el Señor Eustacio Santamaría ha tenido que suspender la fabricación de sus excelentes jabones y bujías”. En una de las secciones del Almanaque de Bogotá y Guía de Forasteros, de 1866, se publicó un artículo en el que aparece un directorio de las industrias de la Capital y de su estado:

**FÁBRICA DE LOZA.**-... La empresa cuenta con todos los elementos necesarios para fabricar loza suficiente para el consumo de toda la República; pero su poco valor y el mal estado de nuestros caminos no permiten su expendio sino en Cundinamarca, Tolima y Boyacá... El establecimiento está montado a la europea; se trabaja constantemente y tiene como veinte operarios fuera de los empleados en sacar y conducir el carbón. (...)

**FÁBRICA DE PAÑOS.**-... El edificio principal es de tres pisos. Allí se hallan en movimiento constante las máquinas de limpiar y cardar lana, más de quinientos husos de hilandería, siete grandes telares de poder, los aparatos de lanar y tundir los paños y las prensas y calderas de vapor para lustrar y aderezar todas las telas. Las máquinas se ponen en movimiento por una rueda hidráulica de siete metros de diámetro y tres de longitud, y su fuerza alcanza a la de ocho caballos.

**FÁBRICA DE FIDEOS.**- Fue importada por los señores Párraga y Quijano arreglada y dirigida por el señor Luís Bazzani en 1862. Fabrica toda clase de pastas, tallarines y fideos...

**FÁBRICA DE CHOCOLATE.**- Esta empresa del señor Ramón Mercado vende por mayor y por menor<sup>25</sup>.

#### RESURGIMIENTO DE LA ACTIVIDAD INDUSTRIAL EN LA DÉCADA DE LOS SETENTAS

En esta década renacen las esperanzas de hacer de Bogotá una ciudad industrial. Antiguos y nuevos empresarios no escatimaban esfuerzos en este sentido. Así en la Capital, en 1870 se

<sup>25</sup> FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA. Op. Cit. pp.148-149

<sup>26</sup> Ibid., p.150.

estableció una nueva fábrica de cerillas, a la par que la fábrica Rey y Borda continuaba produciendo fósforo, dando ocupación a más de doscientos trabajadores directos, en su mayor parte mujeres<sup>26</sup>.

En 1871 los señores Silvestre y Antonio Samper, Guillermo Uribe y Libordio Zerda crearon una fábrica de licores y perfumes llamada De Los Tres Puentes, cuyo propósito al decir de sus fundadores era el de sustituir "... la importación de la mayor parte de los licores, perfumes, aguas aromáticas espirituosas y otras producciones de esta naturaleza que nos vienen del extranjero confeccionadas con elementos de la América Tropical, de donde se llevan a Europa y a Estados Unidos del Norte en la forma de materias primas... empezando a producir en Bogotá... alcohol desinfectado de diferentes grados, aguardiente anisado común y fino, aguardiente de España, ginebra, kirsch, mistelas o ratafias de diferentes sabores, ron viejo de Jamaica, brandy pálido, vinos de diversas frutas, cremas finas y otros licores pousse-café, perfumes finos y baratos, agua florida, agua de mil flores, vinagre aromático y blanco, tintura de árnica, barnices, alcohol aromático, gotas amargas"<sup>27</sup>.

Estos proyectos sucumbieron al poco tiempo, al caer en bancarota como consecuencia de la competencia de las 406 destilerías familiares de aguardiente existentes en Cundinamarca y de la presión tributaria del Estado que por la época se preparaba para restablecer el estanco oficial del aguardiente.

Estos mismos empresarios junto con otros inversionistas de la Capital, en 1874 trataron de poner nuevamente en marcha la industria del vidrio, cuyo fin principal era producir objetos de ese material a precios más bajos que los importados, los cuales salían más caros en razón de los altos fletes y dificultades de transporte. Con este propósito solicitaron del Congreso, sin éxito alguno, una serie de exenciones tributarias debido a las presiones del gremio de los boticarios quienes sostuvieron que "... la libre importación de materias primas para la fábrica de vidrios encubriría el contrabando de productos químicos que se utilizaban en la preparación de gran variedad de medicamentos"<sup>28</sup>.

En este mismo año Koppel & Schloss e Ignacio Ortiz fundaron una fábrica de cigarrillos cuyos productos se destinaban casi en su mayor parte a la exportación.

En el año de 1875 Groot, Paz y Cia. adquirieron al francés Luís Manouri una pequeña fábrica de calzado en la que laboraban con máquinas unos 20 a 25 obreros. Los empresarios aseguraron que su fábrica producía zapatos en condiciones similares al del mejor extranjero y con mayores ventajas porque su figura se adaptaba perfectamente a la forma del pié, contrario al europeo que por lo general no se ajustaba a las condiciones físicas de los habitantes del país<sup>29</sup>.

Con la instalación del telégrafo en 1865 y con la extensión de las líneas telegráficas a partir de este momento, se pensó en el establecimiento de una fábrica de ácido sulfúrico, considerada junto con la siderurgia la base del despegue industrial. "Con tal propósito, y contando por lo pronto con la demanda de ácido para las pilas del telégrafo, el Gobierno celebró en 1871 un contrato con Percy Brandon, quien organizó una sociedad anónima para montar la fábrica de ácido sulfúrico, a la que el gobierno se obligaba a comprar cuando menos 3.000 kilogramos al año. Luego de ingentes dificultades para el transporte e instalación de la maquinaria, la fábrica inició labores en noviembre de 1874, entrando casi de inmediato en receso hasta mayo de 1875, cuando de nuevo entró en funcionamiento su cámara de plomo y de nuevo se inmovilizó. En estas dos operaciones se produjeron 3.937 kilogramos de ácido, de las cuales en enero de 1878 había todavía una existencia considerable, pues el Gobierno Nacional sólo recibió pequeñas cantidades como parte o a cuenta del que debía recibir, y en el mercado no tuvo el consumo que se esperaba"<sup>30</sup>.

Adicionalmente la empresa no contó con la cantidad de azufre que necesitaba para un mínimo funcionamiento estable. Así pues, la falta de demanda para su producto (el producto no tenía otro comprador que el Gobierno el cual a raíz de

<sup>27</sup> Ibid., p.150.

<sup>28</sup> Ibid., p.151.

<sup>29</sup> Ibid., p.150.

<sup>30</sup> Ibid., p.151.

la guerra de 1876 decidió prescindir de las compras a la compañía) y la carencia de materia prima (pues el azufre de Gachalá a pesar de sus acceso en condiciones favorables para la empresa, no resultó aprovechable) la llevaron a su cierre.

Pero no todo fue fracaso: en 1877 se fundó una empresa de fabricación de chocolate de tamaño considerable y con maquinaria moderna: la fábrica de chocolates Chávez, creada por Enrique Chaves y que funcionó desde un comienzo con maquinaria de vapor. Ya en 1876 se había instalado una fábrica de gas que introdujo en la ciudad el alumbrado de este tipo.

Vale la pena mencionar también "que en vísperas de terminar el decenio de los setenta (1879), el señor N. Angel y D. Rufino J. Cuervo intentaron montar en su casa una fábrica de cerveza, con pretensiones de superar los demás establecimientos de su género existentes. Sin embargo, no lograron dominar los problemas técnicos inherentes a ella, y sólo lograron sostener su pequeña empresa hasta 1882, cuando vendieron sus pocos equipos"<sup>31</sup>.

Así mismo, durante esta década se crean empresas financieras como el Banco de Bogotá, el de Colombia y la Compañía Colombiana de Seguros.

### EL PERIODO DEL LIBERALISMO Y SUS REFORMAS ECONÓMICAS

Si bien las condiciones para el desarrollo de las manufacturas no eran halagüeñas, con las reformas que se pusieron en práctica entre 1850 y 1875, como por ejemplo abolición de los resguardos, abolición de la esclavitud, supresión de diezmos y censos, desestanco del tabaco, desamortización de bienes de la Iglesia, auge del libre cambio y el federalismo, junto con la navegación a vapor por el río Magdalena, el país experimentó una vigorosa expansión del comercio exterior, pasando de exportador de metales preciosos a exportador de tabaco, quina, añil y finalmente café. Esto condujo a la vez a un auge extraordinario en la importación de manufacturas extranjeras.

En general estas reformas influyeron mucho en el crecimiento del comercio, porque las reformas

agrarias contribuyeron a una mayor oferta de productos agrícolas y las fiscales dejaron en libertad al comercio y a los comerciantes. Todo esto llevó a Colombia a convertirse en un exportador de productos agrícolas.

Bogotá se benefició de todas ellas, convirtiéndose en el primer centro comercial del país. Su medio geográfico comenzó a liberarse del aislamiento y a raíz de este auge comercial se construyó el primer mercado cubierto en 1858.

Victoria Peralta anota que: "Este gran progreso se dio gracias a la libertad que se le otorgó al capital extranjero y a las migraciones extranjeras que vinieron a generar consigo nuevos negocios, a crear empresas y a abrir vínculos con los centros de producción y de crédito de Europa, Ingleses y Franceses en mayor medida. Fue Bogotá el lugar que conglomeró todos estos intereses, de los cuales los únicos perjudicados fueron, por un lado, la artesanía nacional, y por el otro, el propio Estado. Los artesanos quebraron con la competencia de productos europeos y el Estado se debilitó y empobreció por la eliminación de las aduanas"<sup>32</sup>.

En 1875, Nicolás Pereira Gamba da cuenta del auge comercial que experimentó la Capital al informar que desde 1855 había aumentado el número de tiendas de efectos extranjeros en Bogotá desde menos de 150 hasta cerca de 8.000, y el número de importadores directos de Europa o de los Estados Unidos, desde menos de 50 hasta cerca de 300<sup>33</sup>.

Este auge comercial comienza a declinar a partir del mismo 1875 como resultado del descenso considerable en las exportaciones agrícolas del país, de productos tradicionales como el tabaco, el añil y la quina que prácticamente desaparecen y como consecuencia, y del lento crecimiento en la exportación de oro. Por ejemplo, el precio promedio del café colombiano en Nueva York que fue de 20.5 centavos por libra en 1875,

<sup>31</sup> POVEDA RAMOS, Gabriel.

<sup>32</sup> PERALTA, Victoria. Bosquejo Histórico del Comercio en Bogotá. Fenaico, Bogotá. 1988, p.50.

<sup>33</sup> FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIANA. Op. Cit.

pasó a ser de 10.1 centavos por libra en 1884. En el período 1879-1881 el precio de la quina bajó en un 80% y las exportaciones colombianas que en 1875 eran de 29 millones de dólares, caen a 7.3 millones en 1875<sup>34</sup>.

Otro factor que vino a afectar a la actividad económica y más concretamente, la industria, fue la guerra civil de 1875-1876, considerada como una de las más encarnizadas y desastrosas que conoció el país. Como consecuencia se cerró, temporalmente en esta época, la fábrica de tejidos de lana de Bogotá que existía desde 1850.

### LA INDUSTRIALIZACIÓN HACIA EL FINAL DEL SIGLO XIX

En la última década del siglo XIX comienza el proceso de industrialización en el país de forma lenta pero irreversible. Este proceso se adelantó con base en el establecimiento de talleres mecanizados que utilizaron trabajadores asalariados e ingenieros y técnicos traídos del exterior o nacionales que se formaron en la experiencia productiva misma. Las empresas tuvieron acceso, al comienzo, a la energía hidráulica y luego a la eléctrica, ya fuera con plantas propias o administradas por los municipios. "Al principio, las nuevas fábricas realizaron su producción en los mercados regionales, pero irían teniendo cobertura nacional a medida que se construían las vías para empalmar las más importantes ciudades, sobre todo entre 1921 y 1929.

Mercados en un comienzo pequeños, se transformaron en grandes y dinámicos, justificando la operación en gran escala de las plantas manufactureras y ampliando el rango de los procesos y actividades industriales.

Este proceso de asentamiento de la industria en Colombia fue largo y penoso según Kalmanovitz. Aunque los riesgos habían disminuido significativamente desde la guerra de los mil días, todavía en 1910, era algo temerario que un empresario en ciernes invirtiera en una industria su capital, traído del exterior o acumulado en el comercio, el café y la agricultura<sup>35</sup>.

Alberto Mayor Mora anota cómo a pesar de ciertos adelantos en algunas empresas que incorporaron maquinaria moderna importada como

las textileras, de cerveza y gaseosa y de cigarrillos, al comenzar el siglo XX "... la industrialización avanzaba en el país sólo vacilantemente, circunscrita a determinadas regiones y localidades como Medellín o Bogotá"<sup>36</sup>.

Agrega cómo en Europa en el siglo XVIII el término fábrica había llegado a ser sinónimo de máquina, mientras que "En el país todavía en 1916 a un local con obreros que laboraban 12 horas diarias y en el que se habían invertido 1.000 pesos oro, su dueño lo llamaba ampulosamente Fábrica de Bebidas y Gaseosas de Támesis, Antioquia, y lo mismo sucedía con la mayoría de esos 123 establecimientos que no pasaban de ser meros talleres artesanales, donde operaban tres o cuatro obreros a base de herramientas; o simples manufacturas, que organizaban sus fabricaciones de velas, chocolates, zapatos o fósforos mediante una división cuidadosa de las operaciones, sin empleo de máquinas, o a lo máximo, industrias semifabriles con uso simultáneo de aparatos y máquinas. Los términos no correspondían a las realidades, pero el equivoco era la mejor expresión del tránsito que experimentaba la industria nacional.. Sólo unas 36 empresas eran verdaderamente fábricas como la de la Compañía Industrial Unida de Cigarrillos, es decir, sus propietarios habían invertido cuantiosos capitales en maquinaria moderna accionada por electricidad y sus numerosos obreros cumplían disciplinadamente tareas especializadas"<sup>37</sup>.

### POBLACIÓN, VÍAS DE COMUNICACIÓN Y DESARROLLO INDUSTRIAL

Como afirmamos atrás, entre los factores que limitaban el desarrollo industrial se encontraban, el lento crecimiento poblacional y urbano, lo cual influía en la demanda, la falta de vías de comunicaciones y por ende los altos costos de transporte asociados a ellas. Pues bien solamente en

<sup>34</sup> TIRADO MEJÍA, Alvaro. El Estado y la Política en el Siglo XIX. En Nueva Historia de Colombia, T. 2, Editorial Planeta. 1989. p.175.

<sup>35</sup> KALMANOVITZ, Salomón. Op. Cit. p.235.

<sup>36</sup> MAYOR MORA, Alberto. Historia de la Industria Colombiana: 1886-1930. En Nueva Historia de Colombia, T. III, Editorial Planeta, Bogotá. 1989. p.323.

<sup>37</sup> Ibid., p.324.

el siglo XX estos obstáculos empiezan a superarse. Los cambios operados en los últimos tiempos se tradujeron en mayores demandas de vivienda, de construcciones públicas y de servicios públicos como acueducto y energía eléctrica y de bienes de primera necesidad, que crearon condiciones favorables para el montaje de empresas con el fin de satisfacerlas.

Respecto al primero, Bogotá experimenta un crecimiento acelerado en ocupación del espacio físico y en el tamaño poblacional: En 1797 el área ocupada por el casco urbano era de 203 hectáreas, en 1850, de 240 hectáreas y en 1905 esta asciende a 320 hectáreas, es decir experimenta un crecimiento equivalente a 0.57 veces en 108 años. La población a su vez pasó de 21.394 habitantes en 1801 a 40.086 personas en 1843 y luego a 100.000 habitantes en 1905, representando 2.5 veces la de este último año. Aún más, entre 1905 y 1912 la ciudad sufrió un crecimiento en su área 1.65 veces, casi tres veces más de lo que había crecido en los 108 años anteriores.

Pero entre 1912 y 1927 el crecimiento en área fue mucho mayor: 2.18 veces, pasando de 320 hectáreas en 1905 a 530 en 1912 y a 1.160 en 1927. En cuanto a población, pasó de 100.000 habitantes en 1905, 144.000 en 1918, a 200.000 en 1927. Esta expansión se explica en buena parte por el desplazamiento por razones políticas de gente de las provincias que se instalaban en la capital. Ahora bien, no solamente el crecimiento poblacional de Bogotá fue importante, también el de otras poblaciones vecinas. Como anota Kalmanovitz: "... Cundinamarca contaba en 1912 con un núcleo de 717.714 personas y, aun cuando muchas de ellas estuvieran laborando en haciendas y parcelas propias en condiciones de autosuficiencia, se originaba de todas formas una importante circulación mercantil que podía ser usufructuada por las emergentes industrias de Bogotá"<sup>38</sup>.

En cuanto al segundo factor, es decir las vías de comunicación y los medios y de transporte, uno de los aspectos en el cual han estado de acuerdo los historiadores y los viajeros extranjeros que han abordado la esta problemática, es el mal desarrollo de los transportes internos, sobre todo antes de 1950. Todas las crónicas de los viajeros en el siglo XIX y principios del XX dan cuenta del

estado caótico de los caminos, la escasa extensión de la red de vías férreas y la precariedad de los transportes fluviales. Autores como Emilio Latorre, Guillermo Salcedo, William Mc Greevey, Alberto Pardo, Ernesto Guhl y Theodore Nichols, entre otros, que han estudiado las características del sistema de transportes en el país, ponen de presente lo dicho atrás. Vincent Goueset, resume la situación en los siguientes términos: En razón de la dispersión territorial de los núcleos de poblamiento (y de su localización en las montañas), y de la configuración del relieve, los transportes internos colombianos siempre han sido difíciles. Del largo período colonial, y del primer siglo de independencia después, Colombia ha heredado una deplorable red de vías de comunicación terrestre. Las carreteras afirmadas eran prácticamente inexistentes antes de 1930, y a principios de siglo Colombia sólo estaba surcada por una red de caminos de herradura que, en gran parte, retomaba el trazo de los senderos indígenas. Los transportes se hacían a pie (y hasta a lomo de hombre), a caballo o en lancha. Cabe precisar que carreteras y caminos eran casi intransitables en temporada de lluvias, que atravesar los ríos (por el vado) era imposible gran parte del año y que los ríos eran difícilmente navegables en período de estiaje. La mayoría de los trayectos de larga distancia combinaban los caminos, las vías de agua, a veces la vía férrea (en muy cortas distancias), y en forma excepcional, el cabotaje.

"Los tiempos de transporte eran muy largos. A principios de siglo, el trayecto Barranquilla - Medellín (que combinaba la vía fluvial y el camino de herradura) duraba tres semanas, y Bogotá - Buenaventura (únicamente por vía terrestre) unos 10 días. Las primeras líneas ferroviarias, poco importantes, no mejoraron mucho los tiempos de transporte: el viaje inaugural del Presidente de la República entre Bogotá y Medellín, en 1910, tardó 17 horas y media entre Bogotá y La Dorada por vía férrea; luego, la bajada entre La Dorada y Puerto Berrío, sobre el río Magdalena, se hizo en barco de vapor (alrededor de un día); finalmente el trayecto Puerto Berrío - Medellín en tren duró 20 horas y media (sin contar las paradas). En estas condiciones eran ba-

<sup>38</sup> KALMANOVITZ, Salomón. Op. Cit. p.244.

jos los volúmenes de carga (o el número de personas) desplazadas y muy elevados los costos de transporte<sup>39</sup>.

En Bogotá desde 1881 distintos gobiernos adelantaron iniciativas para comunicar a la Capital con poblaciones aledañas y con el río Magdalena por vía férrea. Así, en este año se contrató el primer tramo de ferrocarril de 33 kilómetros entre Girardot y Tocaima. En 1887 unió a esta población con Apulo. En 1898 la línea llegó a Anapoima y finalmente en 1908 se conectó con Facatativá, haciéndose realidad la posibilidad de trasladarse por vía férrea hasta el río Magdalena.

Otro proyecto importante fue la construcción del Ferrocarril del Norte que debería unir a Bogotá con Zipaquirá. Las obras empezaron en 1889 y terminaron en 1898 y quedó unida por vía férrea, la Sabana desde Facatativa hasta Zipaquirá.

Después en 1896 se puso en marcha el proyecto del Ferrocarril del Sur, uniendo inicialmente a Bogotá con Soacha. En 1903 llegó a Sibaté, para contar, la Sabana finalizado el siglo XIX con algo más de cien kilómetros de vías férreas, que aun cuando no eran de gran extensión, sí representaron un avance<sup>40</sup>.

La situación de los altos costos de transportes, otro de los inconvenientes en el camino hacia la industrialización, va a persistir durante todo el siglo XIX y las tres primeras décadas del XX. Zambrano señala cómo los fletes de las mercancías extranjeras que arribaban a Bogotá continuaban siendo altos, pareciéndole increíble que el valor de los fletes entre Honda y Bogotá fueran equivalentes a los que se pagaban entre Londres y Honda. Esta afirmación encuentra respaldo en Camacho Roldán quien en 1858 hace el siguiente cálculo: En 1858 una carga de mercancía extranjera pagaba en transporte \$2.40 de Londres a Santa Marta y \$ 4.80 de Santa Marta a Honda para un total de \$7.20. De Honda a Bogotá, a lomo de mula, esa misma mercancía pagaba otros \$7.20<sup>41</sup>.

Hacia 1908, el costo del flete Bogotá - Barranquilla valía, según los productos entre 7 y 14 veces más que en el trayecto de Nueva York a Barranquilla<sup>42</sup>.

## PAPEL DEL ESTADO EN EL PROCESO DE INDUSTRIALIZACIÓN

Aunque la política económica no la podemos considerar como determinante en el proceso de industrialización en el país, tampoco podemos negar que incidió en dicho proceso en lo que comprende las dos últimas décadas del siglo XIX y las tres del siglo XX. Esta importancia se expresó en algunos casos de forma directa, en medidas que adoptó el Estado para beneficio de los empresarios; en otros, en el apoyo a ciertos sectores de la actividad económica o que indirectamente también los beneficiaban; o a las mismas necesidades del Estado que lo llevaron a impulsar reformas para proveerse de mayores recursos económicos, las cuales terminaron sirviendo a los intereses económicos de los empresarios manufactureros.

Al principio de este trabajo resaltamos cómo - aunque tímidamente- durante la década de los treinta y comienzos de los cuarenta, el Estado trató de dar impulso a la conformación de empresas. Esta timidez, estaba en buena parte relacionada con la pobreza de los ingresos estatales, los cuales eran escasos. Como se puede corroborar con la desagregación que de los gastos hace Jorge Orlando Melo para el año de 1847, lo que podía destinar el Estado para apoyar de manera directa e indirecta a los que quisieran crear empresas era casi nulo. El presupuesto se destinaba - aunque no siempre - para atender el pago del ejército (43%), los gastos administrativos del gobierno (Presidencia, Parlamento, agentes diplomáticos, etc) (26%), la deuda pública (13%), el porcentaje restante tenía como objeto atender las mejoras materiales e imprevistos<sup>43</sup>.

<sup>39</sup> GOUSET, Vicent. Bogotá: Nacimiento de una Metrópli. La Originalidad del Proceso de Concentración Urbana en Colombia en el Siglo XX. Tercer Mundo. CENAC-IFEA-FEDEVIVIENDA, Bogotá. 1998. p.36.

<sup>40</sup> Ibid., p.59.

<sup>41</sup> Ibid., p.57.

<sup>42</sup> PARDO, Alberto. Geografía Económica y Humana de Colombia. Tercer Mundo Editores, Bogotá. 1972. p.407.

<sup>43</sup> MELO, Jorge Orlando. La Evolución Económica en Colombia. 1830-1900. En Nueva Historia de Colombia. Vol. 2, Planeta Colombiana Editorial S.A., Bogotá. 1989. pp. 87-88.



Melo considera que este ejemplo es válido para caracterizar la situación fiscal entre 1830 y 1850. Al respecto anota lo siguiente: "Los ingresos eran bastante estables, con excepciones de los periodos de guerra civil; el tabaco, el aguardiente y la sal, tenían cosumos poco variables, y sólo la renta de aduana, al depender de las oscilaciones del comercio exterior, muestra con frecuencia los cambios bruscos. Estos ingresos apenas permitían el pago de las obligaciones militares y de una administración pública bastante precaria, y aunque en los presupuestos de gastos se incluían siempre partidas para obras públicas y para el pago de la deuda externa, raras veces podían hacerse efectivas. En esta situación, el ideal liberal de una escasa actividad estatal resultaba claramente fundado en la casi total incapacidad del gobierno para asignar recursos para el fomento de la actividad económica"<sup>44</sup>.

A partir de 1847, y hasta 1880, se impone la idea de que el desarrollo económico del país debe descansar en el sector privado. De ahí que desde mediados del siglo XIX se pongan en práctica una serie de reformas liberales como la abolición de los monopolios estatales, (por ejemplo el del tabaco), el establecimiento del libre cambio, la eliminación de cargas fiscales, la descentralización fiscal, la implantación del federalismo, la separación de la Iglesia y el Estado, la desamortización de los bienes de manos muertas, la abolición de la esclavitud, la puesta en marcha de la educación laica, la libertad de imprenta y de palabra, con las cuales se pretendió disminuir la intervención del Estado en la economía y en la sociedad en general. Esta época es considerada como del Laissez Faire, Laissez Passer, del "Estado Gendarme".

Pero como afirma Bernardo Tovar: "Ciertamente las reformas liberales de mediados del siglo XIX produjeron un profundo cambio en la estructura del Estado, tanto en el sentido de transformar la herencia colonial como en el de buscar las bases de un nuevo orden económico, social y político-institucional. Pero tales reformas, si bien tendían a minimizar la presencia del Estado, no generaron una ruptura con la economía. De todas maneras, el Estado federal se vería compelido, de hecho, a ejercer un conjunto de funciones económicas y a conservar, por lo tanto, un cierto grado de intervención en la marcha del desarrollo económico, sin que esta injerencia real, se

plantease como una paradoja del Estado, sino por el contrario, como una de sus características inevitables y esenciales, de la cual no se podía hacer abstracción, pese a los planteamientos de la ideología política no intervencionista que parecía sustentarlo"<sup>45</sup>.

Melo plantea que si bien el ideario liberal tenía como uno de sus fundamentos el libre cambio, sin embargo, le reservaba al Estado la intervención en una amplia serie de sectores de la vida nacional, como la educación, las obras de fomento (entre las cuales ocupó un lugar preferente el impulso a las vías de comunicación), el manejo de la deuda pública y el sistema monetario y cambiario, que afectaban de modo inevitable las condiciones de la acción económica de los particulares<sup>46</sup>.

A partir de los gobiernos de la Regeneración, después de un período caracterizado de liberalismo económico, se vuelve a poner al orden del día el debate de la industrialización del país y la intervención del Estado vuelve a hacerse sentir de manera más decidida.

## LA REGENERACIÓN Y LA INDUSTRIALIZACIÓN

José Leocadio Camacho, un representante de los artesanos, se refería en 1880 al problema industrial en los términos siguientes: "Si en nuestro país se hubiera alentado y protegido la industria, estimulando a los que a ella se dedican, no se habría alimentado el monstruo de la empleomanía, que es el que lentamente nos devora. Los pueblos en donde las artes han sido protegidas han llegado aun grado tan eminente de prosperidad, que se han captado el respeto y la admiración de las naciones no solamente por su riqueza y preponderancia sino por su fuerza natural".

"Las fábricas de cristal, papel y paños, han decaído en Bogotá porque el espíritu de extranjerismo ha hecho que se tenga asco por esas pro-

<sup>44</sup> Ibid. p. 88.

<sup>45</sup> TOVAR ZAMBRANO, Bernardo. La Intervención Económica de Estado en Colombia. Banco Popular, Bogotá. 1984. pp. 26-27.

<sup>46</sup> MELO, Jorge Orlando. Op. Cit. p. 86.

ducciones. Si esa misma antipatía hubiera tenido la Francia por las suyas hoy sería un país político como el nuestro, pero esclavo de Inglaterra o de los Estados Unidos”<sup>47</sup>.

En el acto de posesión de la presidencia de la República en 1880, Rafael Nuñez en su programa de acción en materia de mejoras materiales y de política económica hacía una radiografía de la situación del país y esbozaba algunos aspectos de lo que iba a impulsar en aspectos de comercio exterior y empresarial: “Nuestra agricultura está apenas en la infancia. Nuestras artes permanecen poco menos que estacionarias. Nuestra vasta extensión territorial sólo cuenta unos pocos kilómetros de rieles. Los cuadros estadísticos revelan el hecho desconsolador de que hace ya algunos años que no exportamos lo necesario para pagar todo lo que importamos. Este desnivel económico, si continúa, dará aún margen a la alarmante conjetura de que el pueblo colombiano consume más de lo que produce. Y de todas maneras es evidente que el trabajo nacional está en decadencia. La formidable calamidad de la miseria pública se aproxima, pues, a nuestros umbrales.

“Un vasto plan de medida destinadas a promover el desenvolvimiento de la producción doméstica debe ser, por tanto, combinado y reducido pronto a práctica. Un sistema adecuado de enseñanza se hace indispensable como punto de partida de ese plan. La tarifa de aduanas necesita reformas destinadas a fomentar las artes. Estudio particular requiere este asunto a fin de que sólo se proteja lo que ofrezca fundadas esperanzas de progreso. Las grandes industrias europeas y norteamericanas no se han formado y crecido, en general, sino por este medio. El consumidor pagará por algún tiempo parte de la protección como paga permanentemente todos los servicios públicos. Al procederse con tino en la materia, el nuevo gravamen indirecto que se imponga será, a la larga, reproductivo, como lo es el que se invierte en el sostenimiento de diversos ramos ordinarios del Gobierno”<sup>48</sup>.

Refiriéndose a Inglaterra considerada la cuna del libre cambio, trata de mostrar cómo la franquicia acordada en 1846 en nombre del libre cambio, no cobijaba sino a manufacturas cuya competencia no representaban ningún peligro, por los adelantos realizados por la industria británica:

“El Gobierno inglés es un gobierno sabio y un gobierno generalmente justo; pero también es de los que creen que la justicia comienza por favorecer los intereses legítimos propios. A ese gobierno le conviene predicar el libre cambio, porque, en primer lugar, necesita importar como 800 millones de pesos en artículos alimenticios y 650 en materias primeras, al menor costo posible, y, en segundo lugar, tiene una enorme producción fabril a cuyos artefactos debe prestar atención con las mayores facilidades que pueda proporcionarles. Liberaliza, por decirlo así, su sistema aduanero, no para favorecer la industria extranjera, sino para obtener, sin sacrificio real, compensaciones protectoras de la suya propia. Diremos también que esa enorme y superior producción fabril no se formó sino a la sombra de un sistema protector secular, y no sosteniendo, cuando era imperfecto y débil, una lucha o competencia que la habría ahogado en su cuna seguramente. Demasiado sabida es la extrema hostilidad del Gobierno británico respecto de las nacientes fábricas americanas. En 1717 la Cámara de Comunes llegó hasta declarar que el establecimiento de manufacturas en las colonias propendía a relajar su dependencia de la Madre Patria”<sup>49</sup>.

Rafael Nuñez era un convencido de que únicamente mediante una vigorosa política de protección e impulso al trabajo nacional orientada por el Gobierno, podría sacarse al país del atraso y desorden en que se debatía. De ahí que su programa estuviese encaminado al fomento de la actividad económica, a la organización administrativa del Estado y al establecimiento de un nuevo régimen monetario. Por eso entre sus primeras medidas se cuenta la creación del Banco Nacional en 1881 que tanta incidencia tuvo en la vida económica y en el régimen monetario del país hacia finales del siglo XIX y principios del XX.

Otra de las medidas importantes adoptadas fue la Ley 80 de 1880, que reformó el sistema tarifario

<sup>47</sup> Diario Oficial. Bogotá, 16 de Abril de 1880.

<sup>48</sup> LIEVANO AGUIRRE, Indalecio. Rafael Nuñez. Ediciones Librería Siglo XX. Bogotá. 1994. p. 178.

<sup>49</sup> NÚÑEZ, Rafael. La Reforma Política en Colombia. T II. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá. 1944. p. 514. Ibid., p. 24.

del comercio exterior, aumentando los derechos arancelarios a ciertos bienes terminados de consumo y disminuyendo los gravámenes de algunas materias primas y herramientas de trabajo. “ Se pretendía en esa forma vigorizar la producción nacional existente y provocar la aparición de nuevas industrias. Sin embargo, sucedió con este movimiento algo análogo a lo que había ocurrido con el arancel en 1833. En efecto, la mayor parte de las actividades así protegidas eran primordialmente artesanales, carecían de capital y de técnica y en consecuencia no estaban en condiciones de aprovechar los factores de ventaja establecidos por las barreras arancelarias a pesar de que en algunos casos éstas se situaban en niveles elevados, como por ejemplo las telas, cuyos aranceles aduaneros fueron aumentados hasta el 100 y el 120% ad-valorem. Las mismas carencias de conocimientos técnicos, de capacidad emprendedora y de recursos de capital impidieron también que se alcanzara el propósito de alentar la formación de nuevas fábricas y de nuevas industrias”<sup>50</sup>.

Núñez otorgó estímulo directo y específico a industrias consideradas esenciales como la Ferrería de La Pradera, a la que eximió de impuestos, y le dio un contrato con el Gobierno con el fin de fabricar rieles, entregándole un subsidio directo a través de los precios de compra.

Según Poveda Ramos, el primer Gobierno de Núñez coincidió con una de las épocas de mayor vigor de la industria del siglo pasado. “En esos dos años se establecieron numerosas empresas, especialmente de tamaño mediano, progresaron considerablemente los bancos y se emprendieron nuevas iniciativas industriales, particularmente en las provincias”<sup>51</sup>.

Por ejemplo se asiste a una alta producción de la industria textil de Santander en 1880. En este mismo año se fundan en varios sitios nuevas cervecera, con características más modernas como las de Medellín y Miraflores, Neiva, Bucaramanga y Cali. En Cundinamarca se creó una tenería moderna en Aguilara, a la cual se le adicionó al poco tiempo una fábrica de calzado, de correas de transmisión y de otros artículos de cuero. Este establecimiento permaneció, más o menos hasta 1905.

Siguiendo con sus políticas proteccionistas, entre 1884 y 1903, los Gobiernos de la Regeneración aumentaron las tarifas arancelarias: Así mediante los Decretos 1023 y 1103 se reorganizó el régimen aduanero, produciendo aumentos en las tarifas a las importaciones. En 1885 con el Decreto 10 y 513 se volvió a aumentar las tarifas. En 1886 con las Leyes 36, 88 y 89 nuevamente se aumentaron las tarifas. En 1888 mediante las Leyes 10 y 121 se incrementaron las tarifas. Durante los años de 1893, 1894 y 1895, las tarifas de las importaciones se elevaron en un 15%. En 1896, los derechos de importación se aumentaron en un 20%. Finalmente en 1903, se produjeron aumentos del 100% en el impuesto anterior, a través de la Ley 63, llamada Ley Marroquín. Con ésta se organizó la legislación aduanera dispersa y se establecieron 10 categorías de tarifas que aumentaron los impuestos a los textiles en 12 veces, se gravó los productos que compitieran con las incipientes industrias productoras de bienes de consumo, se favorecieron las importaciones de materias primas y las de bienes de capital, para proteger las manufacturas de alimentos, las bebidas, el tabaco y los textiles<sup>52</sup>.

La década de los ochenta se va a caracterizar en el caso de Bogotá, por un período en el cual se intentan cristalizar algunos esfuerzos empresariales. Indalecio Uribe por ejemplo inventor e industrial paisa, montó un taller con telares de su propio diseño en el hospicio de Bogotá en 1882 e instaló en este año una pequeña fábrica de tejidos ubicada en Las Aguas.

En 1888 con el apoyo oficial encaminado a reanimar la iniciativa empresarial, se organizó la Sociedad Industrial de Bogotá, con el objetivo “ de revivir la fabricación de ácido sulfúrico (extinguida 10 años antes), para lo cual se inició el montaje de una fábrica en “Las Aguas” al lado de una fundición de estearina y velas. Sin embargo desde los primeros comienzos vuelven a tropezar con las dificultades técnicas y financieras que ya había padecido la primera fábrica”<sup>53</sup>.

<sup>50</sup> POVEDA RAMOS, Gabriel. Op. Cit. pp. 20-21.

<sup>51</sup> Ibid., p. 28.

<sup>52</sup> CASTRO, Ariosto. Industria y Política Económica del Siglo XIX. En: Cuadernos de Economía. Bogotá. 1984. p. 99

<sup>53</sup> POVEDA RAMOS, Gabriel. Op. Cit. p. 24.

En este periodo surge la empresa más importante de Bogotá: la sociedad Cervecería Alemana Bavaria (1889) fundada y administrada por Leo Kopp, fecha que señala el verdadero origen de la industria cervecera colombiana. Ya en épocas anteriores se habían puesto en práctica modestos ensayos de fabricación de cerveza, como el de la instalación de una fábrica pequeña en la propia casa de los hermanos Angel y Rufino J. Cuervo, los dos escritores y el último filólogo. Este experimento duró tres años (1879-1882) al cabo de los cuales, por condiciones técnicas (las condiciones técnicas para la producción eran muy difíciles y la cerveza sufría alteraciones constantes) sus dueños vendieron el negocio.

Incluso el mismo Leo Kopp y su hermano Emil, mucho antes de 1889 habían organizado una sociedad comercial en compañía de Carlos Castello, Ricardo Baraya y Crónidas Mújica, y fundaron una fábrica de cerveza y un almacén llamado Fenicia, para vender artículos importados tales como sombreros de copa, bastones, aguas de colonia, sacolevitas, etc<sup>54</sup>

En junio de 1891 entra en funcionamiento la fábrica de cervezas Bavaria, con un equipo alemán que para la época era considerado de lo más moderno y adelantado que existía. "... la fábrica constituía la primera cervecería en escala apreciable con equipo y técnica modernos que se instalaba en el país. Al iniciar sus operaciones, ocupaba 80 obreros y producía 6.000 litros diarios, pero al año siguiente hubo de ensanchar su instalación con nuevas máquinas para aumentar la producción. Con el fin de asegurar el abastecimiento de las 10.000 ó 14.000 cargas de cebada que requería anualmente, desde el primer momento implantó medidas de apoyo a los cultivadores, ofreciendo precios fijos, suministrándoles semillas mejoradas y garantizando la compra oportuna de sus cosechas"<sup>55</sup>

Con el aumento poblacional de Bogotá y sus alrededores, se fue generando una mayor demanda por productos alimenticios manufacturados. Por lo tanto respondiendo a estas necesidades surgen en 1892 dos empresas de pastas: El

Gallo y el Papagayo, que sin mayores inconvenientes pusieron a operar las máquinas que se requerían.

Realmente, en 1893 el entusiasmo era grande. Se notaba nuevamente el interés por las industrias. "En sus notas a la Geografía de Colombia de Eliseo Reclus, Vergara y Velasco asegura que anualmente se estaba importando hacia 1893, unas 2.500 toneladas de máquinas y de herramientas, así como las siguientes cantidades de metales industriales: 58 toneladas de cobre; 31 toneladas de acero; 194 toneladas de plomo y 658 toneladas de hierro en bruto. De ser correctas, estas cifras indicarían una actividad manufacturera ya nada despreciable, incluyendo la del sector metal-mecánico"<sup>56</sup>.

Otra empresa que se creó fue la fábrica de vidrios Fenicia, por iniciativa de los hermanos Kopp, atrás mencionados. Esta se fundó en 1896 con el propósito de abastecer de envases de vidrio a Bavaria, que hasta ese momento tenía que importarlos. En 1897 comenzó su producción con gran éxito comercial y técnico. Así hacía su presentación en sociedad: La Vidriera Alemana Fenicia tiene

el gusto de avisar al público que al frente de la Agencia General de Bavaria, en la calle nueva de Florián, ha abierto el local para la venta, a precios ínfimos, de sus primeros productos de vidrio, como botellones blancos y de color, vasos, copitas para aguardiente, tejas de vidrio, lámparas de petróleo, tubos para lámparas, de diferentes tamaños, saleros, platicos para helados, envases para botica, embudos y varillas de vidrio. Ofrecía descuentos desde el 5% por compras de \$100 o más hasta el 15% por compras mayores a \$1.000. Además sus ventas eran únicamente de contado<sup>57</sup>. Como consecuencia de la guerra civil tuvo que cerrar en 1902, reiniciando labores a principios de 1903.

<sup>54</sup> CONSORCIO DE CERVECERÍA BAVARIA. Bavaria una Historia de Muchos Años. Bogotá. 1996. p. 3.

<sup>55</sup> POVEDA RAMOS, Gabriel. Op. Cit. p. 26.

<sup>56</sup> Ibid., p. 28.

<sup>57</sup> El Mago: Caricatura Crítica. Política, Vol. 1, Bogotá, 4 de Diciembre de 1897.

Algunos empresarios consideraron que el país debía contar con industrias esenciales, e intentaron de nuevo producir ácido sulfúrico en 1894. Para ello se montó una pequeña planta piloto para fabricar abonos químicos, pero este intento al igual que los que le antecedieron fue fallido por falta de mercado. "En realidad, parece que la única demanda industrial firme con que contaba era un pequeño laboratorio para hacer sulfato de quinina, del doctor Rafael Zerda y de sus socios capitalistas, señores Lorenzana y Montoya. Finalmente la fábrica debió cerrarse en 1898"<sup>58</sup>.

El aumento demográfico y la ampliación de los mercados a raíz de la expansión de las vías férreas, fueron creando condiciones para el aumento de la producción de bienes de consumo durable como se reflejó en el establecimiento de dos fábricas de vidrio en 1895. La primera, propiedad de Silvestre Samper y Simeón Martín, que era una fábrica de tamaño considerable y con muy buena técnica, que produjo, en 1897 el primer vidrio plano en el país. Condiciones económicas en 1898, la llevaron a su cierre.

La segunda fábrica de vidrio se llamaba La Española, de tamaño menor, la que inició con la producción de artículos de mesa. Pero los problemas económicos, y la insuficiencia del mercado la condujeron al cierre al empezar 1900.

A pesar de los problemas, en los últimos años se establecieron en Bogotá pequeñas empresas más bien de tipo artesanal, como La Fábrica de Instrumentos Musicales de Cuerdas, en 1893. La Fábrica de Pesas y Romanas de Alfonso y Yolanda Umaña fundada en 1900, la cual proveía con sus productos al centro del país. La fábrica de ladrillos, creada en 1900 de propiedad de Ana Calvo de Phillips, que contaba con equipos modernos de preparación y de nuevos hornos<sup>59</sup>.

#### LA INDUSTRIALIZACIÓN EN LAS DOS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX

Recapitulando sobre lo acontecido en los últimos años del siglo XIX, se podría decir que en algo se avanzó; estos años no fueron completamente inactivos en cuanto a la aclimatación de industrias en Bogotá. Sin embargo los resultados no llenaron las expectativas. Apenas sí son dignas de mencionar como industrias en el sentido mo-

derno, la cervecería Bavaria y la fábrica Fenicia.

Al finalizar el siglo, Bogotá conservaba sus características de ser un centro administrativo, educativo y social, de mercado y cabecera de una zona extensa y relativamente importante. Su primacía como centro comercial se había venido a menos relativamente, aún cuando las dificultades de comunicación entre el Macizo Granadino y el Magdalena le significaban parte del comercio de esa región. Igualmente como centro financiero, había retrocedido relativamente. Empero, por las funciones que conservaba el crecimiento urbano al que hicimos referencia, fueron importantes para persistir en hacer de Bogotá una ciudad marcadamente industrial.

Al llegar el siglo XX, el país se enfrascó en un conflicto como consecuencia de los enfrentamientos entre liberales y conservadores. La guerra de los Mil Días afectó profundamente todos los órdenes: el económico, el social y el político.

En lo que respecta a la industria, ésta quedó semiparalizada al terminar la guerra en 1902. La falta de productos nacionales manufacturados, condujo a su importación trayendo beneficio a los comerciantes de Bogotá y Medellín, pero perjuicios a los fabricantes nacionales.

#### LA POLÍTICA DE FOMENTO INDUSTRIAL DE RAFAEL REYES

En los primeros años del siglo XX, se inició el transporte automotor. En 1900 se construyó el primer camino carreteable entre Bogotá y Puerto Salgar. En los años subsiguientes se empezó la construcción de las carreteras de Bogotá a Boyacá y de Bogotá a Girardot. Los resultados pronto se hicieron sentir con la expansión de los mercados para los productos de las fábricas y con los medios de distribución más eficaces y más extendidos. En 1904 con el ascenso del General Rafael Reyes a la Presidencia de la República, se ponen en marcha una serie de refor-

<sup>58</sup> POVEDA RAMOS, Gabriel. Op. Cit. p. 28.

<sup>59</sup> Ibid., pp. 27-28.

mas que favorecieron el desenvolvimiento industrial del país. Entre sus preocupaciones principales tenemos el fomento de las empresas fabriles y el mejoramiento de las vías de comunicación. Por Decreto 15 de 1905 se estableció nuevamente la tarifa de la Ley 36 de 1886 incrementándola en un 70%. Con esta medida se buscó la protección efectiva de las empresas nacionales, al elevar los derechos de aduana para los artículos manufacturados, al mismo tiempo que se facilitó la introducción de elementos indispensables para el normal desarrollo de la industria.

A través de empréstitos, subvenciones, compras oficiales, garantías de rentabilidad a nuevas inversiones, privilegios y adjudicaciones de monopolios, se incentivó el surgimiento de varias empresas industriales y la expansión de las existentes<sup>60</sup>.

Poveda Ramos afirma que entre 1905 y 1910 se presentó una activa proliferación de nuevas fábricas como producto de la política de fomento de Reyes, de la ampliación de los mercados debido a la construcción de vías y del mejoramiento de las condiciones financieras del país y de su comercio exterior. Según él, no pasó ningún año sin que se crearan nuevas sociedades fabriles y sin que nuevas empresas emprendieran la producción de nuevos productos<sup>61</sup>.

En el Caso de Bogotá se beneficiaron de la política de fomento del General Reyes, la Fábrica de Tejidos de Ponce de León, Bavaria y Germania.

En 1909 por iniciativa de los hermanos Samper, nace la fábrica Cementos Samper, con una capacidad de producción de cementos de diez toneladas diarias.

En 1910 se establece una Fábrica de Calzado la Corona, que contó con equipos bastante completos y modernos para su tiempo. En el mismo año se montó la Fábrica de Rosas Etruria, que no duró mucho tiempo.

Poveda Ramos enumera con base en la Memoria de Hacienda de 1916 las principales fábricas existentes en Bogotá y Cundinamarca:

- Cervecería Bavaria.
- Cementos Samper.

- Fábrica de Vidrio Fenicia.
- Fábrica Nacional de Fósforos.
- Tejidos La Magdalena.
- Fábrica de Paños Colombia.
- Chocolates Chaves.
- Chocolates La Especial.
- Fábrica Colombiana de Cigarrillos.
- Fábrica de Porcelana Faenza.
- Tres fábricas de pastas alimenticias.
- Fábrica de calzado La Corona.
- Fábrica de romanas (balanzas).

Y otros establecimientos de molinería, alfarería, jabones, tenería, velas, tostación de café, etc<sup>62</sup>.

Como se pudo apreciar a lo largo del texto expuesto, los primeros intentos por establecer empresas en Bogotá fracasaron. Esto se explica en parte, por la falta de unas condiciones objetivas apropiadas que facilitarían su desarrollo, como por ejemplo, altos costos del transporte y la mano de obra; o a la falta de demanda como uno de los elementos fundamentales para la producción; o a la escasez de capital.

El Estado participó de distintas maneras aun cuando tímidamente, en estos primeros esfuerzos, a través de subsidios, privilegios, exenciones tributarias que otorgó a los empresarios, sin que estos en su mayoría se cristalizaran de manera exitosa.

Sólo a partir de la década de los ochenta del siglo XIX, comienza la industrialización en el país y de Bogotá, como consecuencia de una serie de condiciones que favorecieron el establecimiento de empresas manufactureras, como el crecimiento de la población, sobre todo urbana, la inversión en infraestructura (ferrocarriles, carreteras), la creación de bancos, el aumento del capital y el apoyo más decidido del Estado. Estos inicios de la industrialización que en principio fueron lentos y tortuosos, poco a poco, dieron sus frutos, que se expresaron en la proliferación de distintas empresas dedicadas a la fabri-

<sup>60</sup> Ibid., p. 34.

<sup>61</sup> Ibid., p. 35.

<sup>62</sup> Ibid., p. 40.

cación de cervezas, chocolates, vidrio, cigarros, fósforos, textiles, cementos y calzados, entre otras, que se consolidaron en las dos primeras décadas del siglo XX, mostrando que sí era viable montar empresas en este país.

## BIBLIOGRAFÍA

CASTRO, Ariosto. Industria y Política Económica del Siglo XIX. En Cuadernos de Economía, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Economía, Bogotá, 1984. p.99.

CONSORCIO DE CERVECERIA BAVARIA. Bavaria una Historia de Muchos Años, Bogotá, 1966. p.3.

Diario Oficial, Bogotá, 16 de Abril de 1980.

El Mago. Caricatura Crítica Política. Vol. 1, No. 1, Bogotá. 4 de Diciembre de 1985.

FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA. Historia de Bogotá. 3 T., Fundación Misión Colombia, Villegas Editores, Bogotá. 1988. p.145.

GONZÁLEZ, Florentino. Escritos Políticos, Jurídicos y Económicos. Instituto Colombiano de Cultura de Bogotá. 1981. p. 203.

GOUSET, Vicent. Bogotá: Nacimiento de una Metrópoli. La Originalidad del Proceso de Concentración Urbana en Colombia en el Siglo XX. Tercer Mundo Editores, Observatorio de la Cultura Urbana - CENAC - IFEA - FEDEVIVIENDA - , Bogotá. 1998. p.36.

HOLTON, Isaac. La Nueva Granada: Veinte meses en los Andes. Banco de la República, Bogotá. 1981. p.284.

IBAÑEZ, Pedro María. Crónicas de Bogotá. T. IV, Biblioteca de Cultura Colombiana, Vol. 156, Editorial ABC, Bogotá. 1951. pp. 439-440.

KALMANOVITZ, Salomón. Economía y Nación, Una Breve Historia de Colombia. Tercer Mundo, Bogotá. 1994. p. 124.

LIEVANO AGUIRRE, Indalecio. Rafael Nuñez. Ediciones Librería Siglo XX, Bogotá. 1994. p. 178.

MARTÍNEZ, Carlos. Bogotá, Sinopsis sobre su Evolución Urbana. Escala Fondo Editorial, Bogotá. 1976. p.115.

MAYOR MORA, Alberto. Historia de la Industria Colombiana: 1886-1930. En Nueva Historia de Colombia, T. III, Editorial Planeta, Bogotá. 1989. p. 323.

NUÑEZ, Rafael. La Reforma Política en Colombia. T. II, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá. 1994. p.514.

ORTÍZ, Sergio Elías. Notas sobre la Fundación de la Primera Fábrica de Loza Fina en Bogotá en 1832. Boletín Cultural y Bibliográfico, Vol. VII, No. 11, Noviembre de 1994, Bogotá. pp. 1994-1999.

OSPINA VÁSQUEZ, Luis. Industria y Protección en Colombia: 1810-1930. Biblioteca Colombiana de Ciencias Sociales, FAES, Medellín. 1997. pp. 189-190.

PARDO, Alberto. Geografía Económica y Humana de Colombia. Tercer Mundo Editores, Bogotá. 1972. p.407.

PERALTA, Victoria. Bosquejo Histórico del Comercio en Bogotá. Fenalco, Bogotá. 1988. p. 50.

POVEDA RAMOS, Gabriel. Historia de la Industria. En Revista Trimestral. No. 11, ANDI, Medellín. 1970. p.20.

SAFFORD, Frank. Aspectos del Siglo XIX en Colombia. Editorial La Carreta, Bogotá. 1997. p. 52.

TIRADO MEJÍA, Alvaro. El Estado y la Política en el Siglo XIX. En Nueva Historia de Colombia, T. 2, Editorial Planeta, Bogotá. 1989. p.175.

TOVAR ZAMBRANO, Bernardo. La Intervención Económica de Estado en Colombia. Banco Popular, Bogotá. 1984. pp. 26-27.